

idad. Sin embargo —y de ello es buena prueba lo conseguido hasta hoy en el campo de la sanidad—, los beneficios que esta tecnología avanzada ha puesto al servicio de la comunicación social van abriendo brecha —palabra a palabra, línea a línea, imagen a imagen— en la intolerancia, en los intereses privados, en las ideologías regresivas.

A las críticas circunstancias del mundo y de la ciencia de hoy, a la gran contradicción histórica que deben superar, se nos superpone a nosotros los españoles la propia y peculiar coyuntura histórica y, también, nuestras características contradicciones. Los españoles, por obvias razones, hemos quedado lejos del promedio que muestra nuestro entorno cultural y geográfico. Por lo tanto, a los esfuerzos que nos corresponde realizar como componentes de ese mundo de hoy, del que somos tributarios, habremos de sumar los que nos impone nuestra condición de ciudadanos españoles. Empresa ardua y comprometida, pero insoslayable éticamente.

En esta concreta circunstancia nuestra, doblemente crítica, la sanidad española aparece como uno de los grandes problemas acumulados. En las propias páginas de TRIUNFO quedan huellas indelebles de su complejidad, de su gravedad y de la angustiosa urgencia de su resolución. La transformación de la sanidad española habrá de plantearse a la medida de una sociedad democrática en la que el pueblo conviva justa y fraternalmente, y tendrá que hacerse a partir de médicos cuya rigurosa propuesta ético-profesional se dirija hacia una actuación predominantemente social.

Este libro, lúcido exponente de los problemas sanitarios de nuestro tiempo, fructífera llamada a la conciencia colectiva sobre la gran tarea de la salud pública, descubre en su autor —que se enfrentó con los problemas sanitarios de la emigración, que dirigió cursillos en la Universidad Obrera de Ginebra, que escribe con la certeza de que hay un amplio sector de la población interesado por las relaciones entre la sanidad y el medio cultural y social— a uno de esos hombres con los que nuestro pueblo cuenta para ese día ya cercano en el que recobre su soberanía, su legitimidad y el pleno derecho de ciudadanía. ■ JOSE ANGEL EZCURRA.

Literatura y política

¿QUIEN POLITIZA A QUIEN?

NO es infrecuente, en estos últimos tiempos, oír la cantinela de que la izquierda española —llamando izquierda, para entendernos, a una gama de la oposición que va desde la Izquierda Democrática a los comunistas— viene politizando los homenajes a grandes figuras de nuestra poesía, como Antonio Machado, Federico García Lorca y Miguel Hernández. Y esta cantinela no se oye sólo a la derecha. Escritores de izquierda, a los que admiramos y queremos, se quejan también, severamente, de esa politización, que juzgan una manipulación interesada contra la que aquellos grandes poetas no pueden protestar desde su tumba. Hay que respetar esta actitud, sin duda sincera y legítima, pero yo confieso que no la comparto. Cuando se habla de la confusión entre literatura y política, hay que partir siempre de un hecho que a veces se olvida, y es que en este país, durante cuarenta años de dictadura, no existió la política como normal actividad ciudadana, al ser sustituida por el poder omnímodo de un dictador. Como la política legítima estaba prohibida, más aún, era un delito, ¿cómo extrañarse de que la izquierda procurase politizar todo lo politizable? Era la respuesta

a la represión cultural del Régimen, a la concienzuda operación de lavado de cerebro llevada a cabo a través de la televisión, la radio y el fútbol, y a la decisión desde el poder de recordar cada año a los vencidos en la guerra civil que hubo una victoria, y que los vencedores no lo olvidaban, como lo demuestra el hecho de que se mantuviera el llamado —¿hasta cuándo?— Desfile de la Victoria.

Pero al perder fuerza la dictadura en los últimos años, era natural que todo comenzara a politizarse rápidamente, porque el vacío, que seguía —que sigue— existiendo de la política normal, llevaba a la oposición a buscar todas las ocasiones para politizar al pueblo, que hasta entonces había sido desposeído —y sigue estándolo— con alevosía y allanamiento de morada, de toda conciencia de sus derechos humanos y políticos. Para que el pueblo los olvidase, había una segura droga: televisión y fútbol.

La acusación de politizar los homenajes a los poetas parece exigir una cierta matización. En el caso de los tres grandes poetas citados es perfectamente legítimo ver en ellos el símbolo de una España vencida, humillada, herida y destruida por los vencedores de la guerra civil, quienes —como escribió Unamuno a un amigo

desde Salamanca un mes antes de morir— utilizaron para el pretexto o el supuesto fin de salvar la civilización occidental cristiana "métodos de terror que no eran ni civilizados, ni occidentales ni cristianos". No se explica, si no se admite ese símbolo, que los homenajes a esos poetas continúen siendo en este país homenajes conflictivos y con frecuencia prohibidos o limitados a media hora de duración —como el reciente homenaje a García

Lorca en Fuentevaqueros—; limitación, digámoslo de pasada, que es una vergüenza y un ludibrio para la memoria del poeta. Como dijo Manuel Montesinos, sobrino de Federico, en su intervención: "Después de cuarenta años de silencio sobre el crimen, sólo media hora de homenaje".

Por otra parte, ¿es politizar a Machado recordar que estuvo siempre con el pueblo, y al lado de la República en la guerra civil? ¿recordar que en 1915 escribía a Unamuno desde Baeza: "Hay que hablar al pueblo y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y el pan, promover la revolución, no desde arriba ni desde abajo, sino desde todas partes"? ¿recordar que en 1937, en Valencia, declaró que aunque él no era

marxista, veía con claridad que el socialismo, "en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase", es una etapa inexcusable en el camino de la justicia? ¿Es acaso politizar a Miguel Hernández recordar que luchó en el ejército de los vencidos en la guerra civil, que por ese hecho fue condenado a muerte y que se le dejó morir lentamente en una cárcel? ¿Es politizar a García Lorca recordar que fue asesinado en Granada, como tantos miles de republicanos y socialistas? ¿recordar que, aunque no perteneció a ningún partido político, sus simpatías iban al pueblo, cuya causa era defendida por la izquierda, y que cuando había que firmar manifiestos firmaba los de la izquierda y no los de la derecha?

Si eso es politizar a Machado, a Hernández, a Lorca, será poco probable que dejen de ser politizados los homenajes que se les hagan, mientras no haya democracia real en España, mientras no exista una total libertad de expresión. Cuando tal suceda, y el status de vencidos sea sólo un recuerdo histórico, la politización de los homenajes a aquellos poetas no encontrará el eco que ahora encuentra. ■ JOSE LUIS CANO.



García Lorca (1933).